

Introducción al dossier *Los peronismos en cuatro décadas de democracia electoral: problemas y perspectivas*

Gabriel Rafart.

Departamento de Historia UNCo - Instituto Patagónico de Estudios de Humanidades y Ciencias Sociales (IPEHCS) -CONICET/UNCo
cgrafart@gmail.com

Después de las elecciones del 30 de octubre de 1983 y la asunción del radical Raúl Alfonsín como presidente el 10 de diciembre Argentina conoció la etapa más prolongada de democracia política de su historia bicentenaria. Atrás quedaba la dictadura inaugurada el 24 de marzo de 1976, sin duda, la más sangrienta de las que vivió el país en el siglo XX.

A partir de entonces el peronismo entraba en un tiempo histórico diferente. Ciertamente, los resultados de aquellos comicios fundacionales marcaron el final de la invencibilidad electoral del peronismo en elecciones nacionales, siempre que se trataran de contiendas libres y limpias. Seis años más tarde de aquel 1983, el partido fundado por Juan Perón obtuvo su revancha electoral frente a los candidatos del radicalismo llevando a Carlos Menem a la presidencia del país, quien vuelve a ser reelegido en 1995. Ese triunfo también dejaba atrás la naturaleza de un peronismo gobernante siempre favorable a políticas propias a un Estado del Bienestar criollo.

En 1999, esa fuerza política recibió su segunda derrota en elecciones presidenciales. Entonces parecía que el nuevo milenio abría un tiempo para una democracia política de la alternancia entre los actores partidarios que habían dominado la competencia electoral del siglo pasado. Sin embargo, los años que siguieron mostraron que los seguidores del peronismo podían ofrecer una eficaz respuesta a la creciente volatilidad de los votantes como también a la fragmentación de su propio mundo de partidos y a la emergencia de coaliciones electorales. Además, podían ser la alternativa frente a situaciones de crisis social y de gobernabilidad luego de la renuncia presidencial de Fernando de la Rúa de la Alianza, ocurrida a fines del 2001.

En este marco, el peronismo pudo obtener nuevos triunfos, como los del 2003, 2007 y 2011, bajo el nuevo liderazgo de Néstor Kirchner y Cristina Fernández que prometían alejarse del modelo menemista.

En 2015 ese peronismo tuvo su tercera derrota nacional. Cuatro años más tarde otra fórmula peronista vuelve a quedarse con la presidencia. En 2023 son los peronistas en el poder los que cerraron este ciclo de democracia electoral ininterrumpida.

Efectivamente, los peronistas, sus partidos, líderes y políticas públicas han sido los principales animadores de la arena democrática de estos últimos cuarenta años. Además de ocupar durante veintiocho años la titularidad del gobierno nacional, la vitalidad de los peronistas en las provincias logró generar sistemas de partidos predominantes. Hasta las elecciones de renovación de los gobiernos provinciales en 2023 contaron con muchos peronismos locales que nunca fueron derrotados en elecciones ejecutivas desde 1983. De la misma manera que un número importante de distritos tuvieron a partidos y coaliciones provinciales de matriz peronista gobernando gran parte de esa Argentina federal. En otras situaciones, cuando los peronistas perdieron elecciones locales o a nivel nacional se dio por la desafección de algunos de sus líderes o de un importante número de sus votantes. Muchos de esos actores estuvieron en condiciones de construir una vía independiente o fueron capaces de confluir con sectores de una oposición política que siempre resultó reactiva a sus políticas. A escala presidencial, en 1999 una fracción peronista participa en una coalición con el radicalismo y otras fuerzas políticas posibilitando el triunfo de la fórmula De la Ruá-Alvarez. En 2015, otra desafección justicialista permite que Mauricio Macri fuera el titular de la Casa Rosada.

En el plano de los estudios sobre la temática hay que señalar que antes de que se cumpliera la mitad de esta etapa de las cuatro décadas de democracia ininterrumpida, desde varios centros de investigación se ha continuado y revisado muchas de las interpretaciones propuestas por destacados historiadores y otros científicos sociales, especialmente sobre los orígenes y la naturaleza de los primeros tiempos peronistas. Ciertamente, continuaron siendo importantes los trabajos publicados por Juan Carlos Torres, Alberto Ciria, Silvia Sigal, Hugo del Campo, Marysa Navarro, Lila Caimari, Mariano Plotkin, Cesar Teach y Daniel James, además de la versión consagrada de Gino Germani.

La actual etapa de producción es tanto un reconocimiento como la continuidad y revisión de muchos de aquellos trabajos. Muchos de estos estudios son parte de la “normalización” de su campo de investigación. Según apuntó Gabriel Carrizo esta “normalización académica” refiere a cuestiones de enfoques en tanto que se “ha quitado el sesgo rupturista al peronismo y lo ha considerado un régimen que solo dio continuidad a procesos desencadenados anteriormente”. (Carrizo, 2016: 308) Los cuarenta años de la

primera historia del peronismo están presentes en este nuevo momento de producción historiográfica. Y uno de sus principales aportes es reconocer la vitalidad que le ha otorgado a nuestra democracia política.

Cuenta también la expansión de los estudios en sus abordajes “extracéntricos” con el primero de los trabajos compilados por Cesar Tcach y Dario Macor (2003). Sus aportes resultan significativos al ampliar el conocimiento obtenido sobre el peronismo y sus “partes” territoriales, o sea, la pluralidad de sus experiencias por fuera del núcleo porteño bonaerense.

Estas últimas cuestiones son abordadas en el primer artículo escrito por Omar Acha que forma parte de este dossier, quien nos ofrece algo más que un apretado inventario al plantearnos un balance conceptual e historiográfico de las perspectivas “renovadoras”. De allí que el autor, con un gran conocimiento de la literatura existente, expone una evaluación de los enfoques hoy vigentes. Su punto de partida es revisar los límites interpretativos para establecer “interrogaciones debatibles” de varias obras expuestas por una parte de la academia, en particular, las referidas a los análisis sobre la relación entre la intelectualidad y el peronismo en su primer época. Resulta interesante su reflexión respecto a la obra de Silvia Sigal, en tanto que las “incertidumbres, las evaluaciones complejas, los reconocimientos superpuestos, son excluidos de una lógica ordenada por el par de peronismo y antiperonismo.” Además de esta observación, Acha revela que este código binario pareciera continuar en algunos abordajes más recientes, recargados con otra fórmula igual de antinómica y “empobrecedora”, poniendo al peronismo fuera de la construcción de la realidad democrática. Junto a ello, suma los avances dados por otras perspectivas que apuntan a una revisión temática y examen de la escala de análisis, junto a los encuentros que han logrado los investigadores de archivos antes no disponibles, lo que ha permitido “reincorporar al peronismo a la historicidad”. Sin duda, la síntesis y las preguntas que nos expone Acha resultan muy relevantes para seguir guiando el trabajo de historiador del peronismo, mayormente porque viene de la reflexión de quien ha sido uno de los principales animadores de la actual ola renovadora sobre esta crucial temática. Por esta razón, su conclusión es por demás atractiva para quienes se proponen seguir trabajando su historia al sostener que “siempre será oportuno revisar a los revisionistas”. El siguiente artículo se centra en el proceso de reconfiguración partidaria del peronismo dentro de la fase de transición hacia la democracia política del país ofreciendo un estudio de escala regional-local que ayuda tanto a conocer más de cerca a los actores en disputa como a reinterpretar miradas más generales sobre ese momento particular de su historia.

Para ello José Marcilese aborda las prácticas políticas y los diversos caminos estratégicos que siguieron los peronistas en el marco de la reorganización partidaria en la sexta seccional electoral, que reúne a veintinueve municipios del sur de la provincia de Buenos Aires con la ciudad de Bahía Blanca como principal núcleo urbano. El autor revela un proceso complejo y conflictivo entre actores que habían sido parte del peronismo de los años previos y otros nuevos que dieron lugar a la etapa conocida como de Renovación Peronista. Resulta muy interesante la reconstrucción detallada que hace el autor para dar cuenta de la activación no solo de segmentos de la vida partidaria sino también de los que hacen la “sociabilidad de base peronista” junto a prácticas de otro orden, que fueron fundamentales en el camino hacia la democracia partidaria, además de resolver tanto la promoción de candidaturas para los cargos electivos como de las acciones de afiliación y propaganda. Asimismo, Marcilese contrapone este proceso frente a las lecturas que han insistido en el “clivaje en torno a la tensión político-sindical” para explicar un proceso que fue de enorme complejidad.

Por otra parte el artículo de Enrique Mases nos expone los vínculos entre el peronismo, los trabajadores y sus organizaciones gremiales. Desde una perspectiva panorámica pone en contexto esas relaciones frente a los profundos cambios que vivió el mundo del trabajo durante estos cuatro decenios de democracia política, estableciendo las rupturas respecto a los años previos a la última dictadura militar. De la misma manera presenta al nuevo colectivo de cuentapropistas, trabajadores de la economía popular y desocupados en sus intentos de ser representados por estructuras distintas, dando lugar a un proceso de fragmentación y pérdida de poder del sindicalismo tradicional peronista. No son menores estas transformaciones ya que, según el autor, tuvieron un significativo impacto en la caracterización del peronismo como expresión del mundo obrero organizado, tema que estuvo por demás presente en los primeros años después de 1983.

En el artículo de Joaquín Baeza Belda, se aborda a los peronistas frente a los tres levantamientos carapintadas de finales de la década del ochenta y el último ocurrido en diciembre de 1990. La temática es crucial para comprender el proceso de consolidación de la democracia argentina ya que esos eventos pusieron en juego algo más que la subordinación de los militares al poder civil. Para ello, el autor reconstruye y evalúa los posicionamientos de los dos sectores en que se había dividido la Renovación Peronista, tanto los seguidores de Antonio Cafiero como los de Carlos Menem. Destaca la pluralidad de puntos de vista, cuestionando una mirada de “época”, que en gran medida simplificó las lecturas al señalarse en ese momento que el primer sector estaba alineado “por

principios” al gobierno nacional del radicalismo, mientras que el segundo fue motivado por un exclusivo interés electoral. Baeza Belda, no solo discute estas fórmulas, también establece las diferencias de posiciones entre cafieristas y menemistas tanto en el primero como en el tercero de los alzamientos. De la misma manera que nos recuerda que hubo actores de uno y otro sector que coincidían por momentos. Junto a ello, señala los cambios producidos al interior de los sectores renovadores cuando el menemismo se impone sobre el cafierismo, haciendo que primen definiciones críticas, también ambiguas y de cálculo respecto del gobierno de Alfonsín. Asimismo, el artículo resulta interesante ya que recurre a fuentes periodísticas de alcance nacional de la misma manera que a otras regionales, llevando al lector a que acceda a distintas voces.

El último artículo del dossier pertenece a Adriana Kindgard quien nos ofrece un estudio sobre el peronismo jujeño abordando los reemplazos de liderazgos y los enfrentamientos internos muy cercanos a la disidencias nacionales dentro del proceso de Renovación desde la salida de la última dictadura hasta la derrota electoral en 2015. La autora aborda estas tres décadas en clave electoral, las que dieron lugar al largo predominio peronista a escala provincial. No pierde de vista la sucesión de disputas y el fraccionalismo partidario. Resulta muy interesante su análisis con relación a la gravitación de los liderazgos históricos y la emergencia de otros nuevos, capaces de motorizar los cambios partidarios acontecidos en los años los noventa. También señala que este proceso resultó canalizado con cierta eficacia por un nuevo dispositivo electoral (la ley de lemas) y que, sin embargo, mostró sus límites habiendo pasado más de una década de su implementación. Todo ello es expuesto como parte de una doble crisis provincial; por un lado, de representación y, por otro, de gobernabilidad. Doble crisis que afecta la relación del peronismo con la sociedad jujeña y que posibilita el nacimiento de otros actores que desafían al poder local y al mismo peronismo. De allí su referencia al movimiento social encabezado por la figura de Milagro Sala. El estudio de Kindgard es por demás útil para comprender los procesos de reconfiguración de un peronismo de provincia considerado imbatible, señalando que su caída coincide con un tiempo de enormes cambios para la democracia a nivel nacional. Finalmente, debemos destacar que con la presente selección de artículos se intenta ofrecer un lectura del peronismo en clave de partidos, elecciones, liderazgos y actores sociales, tanto a nivel nacional como subnacional, en tanto fueron centrales en la refiguración de una cultura política de naturaleza democrática durante estos últimos cuarenta años.

Bibliografía:

Gabriel Carrizo (2016). *Petróleo, peronismo y sindicalización. Historia de los trabajadores de YPF en la Patagonia, 1945-1955*. Buenos Aires: Prometeo

Cesar Tcach y Dario Macor (2003): *La invención del peronismo en el interior del país*. Santa Fe. Universidad Nacional del Litoral.